



## DE LA SELVA SUS MADRES<sup>1</sup>

José Álvarez Alonso

La selva amazónica no sólo es la meca de la biodiversidad, amén de otros importantes atributos puestos de relieve en el contexto de la crisis climática global: almacén de enormes cantidades de carbono en sus bosques y turberas, así como de agua (un quinto del agua dulce no congelada del planeta discurre por sus venas). No se suele hablar tanto de la enorme riqueza de las culturas amazónicas. Solo en la región Loreto (Amazonía norperuana), principal escenario de mis casi tres décadas de aventuras amazónicas, con cerca de 38 000 km<sup>2</sup>, habitan 32 pueblos indígenas, cada uno con su idioma, costumbres, creencias y cosmovisión únicos. Yo he tenido el privilegio de convivir con algunos de ellos, y empaparme un poco de sus conocimientos y creencias.

Aunque hay grandes diferencias entre culturas indígenas, casi todos los pueblos amazónicos comparten una visión que los antropólogos llaman “animista”, es decir, que todos los seres de su entorno poseen un espíritu. Dicho de otro modo, les atribuyen una vida anímica a todos los seres, animados o inanimados, desde ríos, lagos o pantanos, hasta plantas y animales. La selva en su conjunto es una gran comunidad viva en la que los seres humanos son un miembro más, y donde cada elemento tiene su espíritu, y los que fueron antes una cosa pueden ser otra luego, cambiando roles: la anaconda fue antes un ser humano, y viceversa, y un humano (por ej. un chamán) puede convertirse en anaconda en algún momento.

Aunque cada pueblo indígena tiene sus peculiaridades, casi hay consenso entre todos sobre los espíritus protectores o ‘madres’, de muchas entidades selváticas, incluyendo ríos, lagos, árboles y el mis-

mo bosque. Se trata de entidades poderosas que los defienden de invasores o potenciales agresores, y provocan ciertos daños o disgustos a los humanos. En la selva peruana, donde el kichwa (una variante amazónica del quechua andino) fue la “lengua franca” extendida por los misioneros europeos durante la época colonial, llaman a la madre de los ríos o lagos (cochas) ‘yacumama’, o madre del agua, y a su contraparte terrestre, ‘sachamama’, o madre de la tierra. Ambas son descritas como serpientes gigantescas que hacen temblar la tierra y provocan truenos y relámpagos, o mueven y «hacen espumear» el agua de las cochas cuando se molestan. Los extraños ruidos, como estampidos, que resuenan en las noches en cochas y pantanos amazónicos son atribuidos a esos monstruos acuáticos. Aunque sé que las serpientes no tienen capacidad de emitir tales ruidos (los indígenas dicen que los producen cuando ‘cacean’ algún animal), siempre me ha quedado la duda de quién rayos los produce.

También tienen madre algunos de sus rasgos o especies más características: por ejemplo, los extensos pantanos dominados por la palmera ‘aguaje’, *Mauritia flexuosa* (que llaman ‘aguajales’ en la selva peruana), o los rápidos (cashueras) y cataratas, en la cuenca alta de los ríos, así como ciertos bosques muy extraños, de vegetación raquítica, como los que crecen sobre arena blanca.

Recuerdo una vez, hará unos 22 o 23 años, en que yo estaba estudiando las aves que habitan esos bosques de arena blanca en la cuenca baja del río Nanay, en los que descubrí por cierto un número de especies nuevas para la ciencia y nuevos registros para el Perú. En un sobrevuelo en avioneta había observado una especie de ‘caldera’ gigante en medio del bosque, en la que la vegetación se iba reduciendo en tamaño hacia el centro, donde apenas parecía tener uno o dos

<sup>1</sup> Los loretanos (es decir, los habitantes de la región Loreto, en la Amazonía peruana) suelen utilizar este tipo de expresiones. Otros ejemplos habituales son «de la vecina su hijo» o «del agua su duro» (por el hielo).

metros de alto (lo que confirmé en tierra más tarde; ver foto). En la comunidad nativa de Yuto, la más cercana a ese bosque, le indiqué a mi guía y gran amigo, don Alfonso Curmayari, que quería ir ahí, y me dijo:

- Hermano, conozco bien ese 'chamizal' (nombre local para ese tipo de bosque), pero te aviso que tiene 'madre', y no le gusta que le molesten. Para entrar tienes que abrir trocha con el machete y siempre se molesta. Yo te llevo hasta allá, pero me vuelvo al toque, allá tú con la madre del chamizal.



Vista desde el aire del 'chamizal' de la comunidad de Yuto, donde su 'madre' me hizo correr con una tormenta de padre y muy señor mío.

Bueno, me reí para mis adentros (no es mi estilo burlarme de las creencias indígenas) y le dije que no había problema, que yo podría manejar para volver solito por la trocha hasta la comunidad.



En el centro del 'chamizal' apenas crecen arbustos raquítics, y el suelo está permanentemente encharcado. A unas pocas decenas de metros, sin embargo, la selva muestra su vigor habitual, con árboles de hasta 50 metros de altura.

Cuando entramos al borde del chamizal, donde los árboles ya eran más bajos y se podía ver bien el cielo,

Alfonso me dijo señalando unos ominosos nubarrones en el horizonte: «Mira allá, ya viene la tormenta, con todo y su abuela. Es la madre del chamizal que está brava, yo me voy». Pues dicho y hecho. Me interné hasta el centro para sacar algunas fotos, y no bien había llegado cuando empezaron a reventar las nubes como si efectivamente de cólera estuviesen los cielos. Tuve que volver al pueblo en medio del aguacero, y aunque solía llevar siempre un poncho para la lluvia, llegué bastante empapado. Cuando me encontré con don Alfonso, en cuya casa estaba alojado, me dijo riendo: «Mira que te avisé, don Pepe, esa madre es poderosa, no es bueno molestarla». ¿Coincidencia lo de la tormenta? Quizás, pero aún sigo pensando que fue demasiada...

No es la única vez que me ha pasado algo similar. Unos años antes, en el alto río Tigre, había comprometido a mi amigo Enrique Cardozo, de la etnia kichwa-alama, para que me guiase hasta la 'collpa' de la que tanto me había hablado, una que era como una cueva donde entraban los animales a tomar el agua salada. En estas collpas afloran sedimentos ricos en sales y allí se concentran los animales a proveerse de nutrientes escasos en los suelos de la Amazonía. Don Enrique me avisó que la collpa tenía una 'madre' poderosa, que no le gustaba que la molestasen. Le dije que no se preocupase, que yo entraría solito, que él se podía quedar afuera. No pudimos llegar a la bendita collpa: una tremenda tormenta nos sorprendió cuando estábamos por llegar, y luego de dos horas de lluvia, Enrique me dijo que estaba esperando esa lluvia por meses para bajar por la quebrada unos troncos de cedro que tenía talados cerca, así que abandonamos el proyecto de visita a la bendita collpa.



Los lagos (cochas) amazónicos siempre tienen su 'madre' que los protege. Según la creencia popular es una gigantesca anaconda a la que hay que 'amansar' con ciertos rituales antes de entrar a pescar.

Los lagos fluviales (meandros antiguos de los ríos), llamados 'cochas' en la selva peruana, también suelen tener 'madre', especialmente cuando son 'co-



chas internas’, poco accesibles a la gente por estar bastante separadas del río, que les dicen ‘cochas bravas’. Si uno entra despreocupadamente a una de esas cochas, la ‘madre’ hace espumear el agua, provoca remolinos en el agua con espuma y extraños ruidos, y tormentas con truenos y relámpagos. Para amansar a la madre de la cocha, los indígenas usan diversos rituales, como enviar una canoa o balsa al centro de la cocha con algunos preparados mágicos con hierbas y otros elementos, que supuestamente el monstruo se tragará y le hará calmarse.

## PLANTAS CON MADRE

En las culturas amazónicas son numerosas las plantas que tienen su ‘madre’, la que es conjurada eventualmente por los humanos para diversos fines, especialmente medicinales y mágicos. Famosísima es la ayahuasca, o ‘soga de los muertos’, sobre la que hay cientos de libros, artículos y reportajes, por lo que no hablaré de ella. Sin embargo, la gente no amazónica debe saber que el uso tradicional en la Amazonía es bastante diferente al que le dan actualmente muchos mercantilistas que se han subido al carro de la moda ayahuasquera. Lo que sí sé es que cuando le preguntas a algún brujo o chamán cómo saben ellos qué planta o, más difícil aún, qué combinación de plantas son las idóneas para tal tratamiento o tal fin, te dicen: «La madre de la planta me lo dijo o me enseñó». A veces es en sesiones de ayahuasca donde las personas se comunican con las ‘madres’ de la selva, a las que también acuden para averiguar cosas sobre sus familiares, sobre la localización de algún objeto perdido, sobre quién le robó algo, o con quien le está ‘sacando la vuelta’ (engañando) su pareja.

Voy a comentar aquí sobre algunas de las plantas con más fama de tener ‘madres’ poderosas y, por tanto, más usadas para magia y brujería en la selva peruana. Los usos más comunes, amén de los medicinales, son para hacer ‘ikaros’, especie de ensalmos para curar o producir ciertos efectos deseados en las personas, y las ‘pusangas’, preparados y rituales usados como hechizos de amor, esto es, para atraer, unir o seducir a parejas. Estas prácticas eran originalmente indígenas, pero actualmente mestizos y blancos las utilizan por igual, así como la multitud de plantas medicinales y afrodisíacas de uso tradicional en la selva.

Los maestros ayahuasqueros (que administran la ayahuasca), durante la ceremonia, y en medio de cánticos y nubes de ‘mapacho’ (el fuerte tabaco amazónico) suelen llamar a las ‘madres’ más poderosas de la selva, como la de la lupuna negra o ceiba amazónica, el árbol amazónico más grande e imponente

(*Chorisia integrifolia*), la de la ‘lupuna colorada’ (*Cavanillesia umbellata*), de la que hablaremos a continuación, del chuchuhuasi (*Maytenus macrocarpa*), uno de los árboles cuya corteza es más usada con fines terapéuticos y afrodisíacos (ver fotos)... Y una larga serie de árboles de madera dura y emergentes, características que la cultura amazónica asocia con poderes excepcionales y de cuyas cortezas o astillas de madera se preparan diversos brebajes y emplastos para tratamientos, como el huacapú (*Minquartia guianensis*), el machinmango negro (*Eschweilera grandiflora*) y el tahuari (*Tabebuia serratifolia*).



La lupuna negra o ceiba es el árbol más alto de la selva y, según la creencia popular, tiene una ‘madre’ poderosa.



Tronco de ‘chuchuhuasi’ al que ya le han extraído ya partes de la corteza. Su corteza es muy famosa como ingrediente de diversos preparados medicinales y afrodisíacos.

El ‘palo brujo’, ‘pucalupuna’ o ‘lupuna colorada’ es un árbol emergente, que se destaca de los demás por tener un tronco liso, con corteza lustrosa y rojiza, que muda cada año, y una especie de abultamiento o barriga a mitad del tronco cuando son adultos (ver foto). Los indígenas le atribuyen ciertos poderes ma-

léficos, y utilizan ese árbol para hacer daño a sus enemigos: para ello le abren un hueco en el tronco con un hacha o machete, e introducen una prenda de la persona a la que quieren hacer daño o matar. Como es un árbol con una alta tasa de crecimiento y sana muy rápido de sus cicatrices, al poco tiempo la corteza se va cerrando sobre la herida y, según la creencia popular, la persona dueña de la prenda se va hinchando hasta que termina muriendo cuando la herida se cierra completamente.



El 'palo brujo' o 'pucalupuna' es uno de los árboles más socorridos en busca de los poderes de su 'madre', en este caso, para hacer daño a alguna persona, para lo cual introducen en un hueco en el tronco alguna prenda.

En mis recorridos por las selvas del nororiente peruano vi varios de esos árboles con evidentes señales de haber sido utilizados para tales maleficios, aunque no sé si tuvieron efecto o no. Lo que sí sé es que la gente lo cree a pies juntillas, como certifica la siguiente anécdota: cuando estaba viviendo en el pueblo de Intuto, en el alto Tigre, a principio de los años 90, me visitaron en cierta ocasión los jefes de una comunidad indígena vecina, de la etnia Kichwa-Alama. Estaban asustadísimos, porque habían encontrado una de esas 'pucalupunas' con un hueco recién abierto en el tronco, y una prenda íntima de mujer en su interior. Ya se pueden imaginar el escándalo que produjo la noticia en la comunidad indígena, tan crédula en estos maleficios. Peor aún, que no sabían quién era la mujer afectada, ni quién la quería matar, así que cualquiera podría ser o víctima o victimario. Me insistieron mucho para que fuese a echarle agua bendita al árbol, que según su creencia podría neutralizar el 'ikaro' (ensalmo o maleficio). No sé si por el agua bendita o por vaya usted a saber, felizmente nadie murió en esa ocasión.

Sin embargo, en esa misma comunidad se produjeron unos hechos sangrientos hace unos meses, cuando dos primos, de una familia de apellido Tapuy con varios brujos en su árbol genealógico, se pelearon y uno de ellos amenazó al otro de hacerlo matar por su padre por medio de la brujería. Fue tal el impacto de la amenaza que el joven falleció al poco tiempo, probablemente del susto más que del supuesto maleficio. La venganza, como suele ocurrir en esos casos, no se hizo esperar, y los padres del muchacho, ayudados por otros parientes, apresaron al supuesto brujo homicida, lo amarraron, golpearon y arrojaron al río, donde se ahogó y fue arrastrado por la corriente hasta el pueblo de más abajo. La familia se dispersó, y actualmente está en una auténtica guerra de amenazas. Varios miembros tuvieron que huir y se marcharon a otros lugares, incluyendo Lima, desde donde han seguido amenazando con matar a sus enemigos a través de la brujería.



El 'renaco matapalo' es muy buscado para hacer 'amarres de amor'. Se le atribuyen poderes por su cualidad de abrazar a su árbol huésped hasta la muerte. En la foto, un juvenil recién iniciando su mortífero abrazo.



'Renaco matapalo' adulto, una vez culminado el 'asesinato'. Se puede observar entre las raíces que conforman su tronco el hueco que dejó el tronco de su pobre víctima, ya descompuesto.



El ‘renaco matapalo’, o ‘higuera estranguladora’ (*Ficus* spp.) es otro árbol famoso por sus poderes; en realidad, son varias especies de la familia de las higueras amazónicas. Su forma de crecer es muy peculiar: en vez de crecer de abajo hacia arriba, como la mayoría de los árboles, crece de arriba abajo, aprovechándose de los troncos de otros árboles. El proceso comienza a partir de la semilla excretada por algún ave o mono que comió algún higo. La semilla se pega a las ramas gracias a una sustancia pegajosa similar a la que tienen los frutos del muérdago europeo; de ahí, nutriéndose de la savia del árbol huésped, comienza a extender sus raíces como una red por el tronco hacia abajo, hasta alcanzar el suelo. El abrazo mortal del matapalo termina por asfixiar al árbol huésped. Al final del proceso el tronco original se pudre en medio de los tentáculos del renaco matapalo, dejando un hueco interior (ver fotos).

Quizás debido a ese abrazo entre dos árboles, aunque tóxico y finalmente mortal para uno, los amazónicos le atribuyen poderes mágicos al renaco matapalo, y lo usan para fortalecer la unión en una pareja, o para crearla, en caso de que no exista todavía. Para el efecto, se abre la corteza del renaco en forma de una cruz y se mete en el hueco una prenda íntima de la persona a la que quieren ‘amarrar’, o con la que quieren emparejarse (los brujos modernos usan ahora una foto). Al igual como ocurre con la pucalupuna, cuando la corteza se va cerrando en torno al objeto colocado, la unión entre los dos amantes se va fortaleciendo. No está de más decir que los renacos matapalo cercanos a pueblos y ciudades están repletos de esas cicatrices (más frecuentemente que las de las pucalupunas, felizmente). No he podido verificar el destino final de las parejas atraídas con tales ensalmos, sin embargo, y si la persona atraída termina finalmente como el árbol huésped...

El renaco matapalo también es usado con fines medicinales, para tratar las hernias. Para ello le extraen su resina en la parte de la corteza por donde sale el sol, y con esa resina preparan un emplasto que se aplica en las hernias, sobre todo las inguinales, que son relativamente frecuentes en los pueblos amazónicos debido a los enormes pesos que suelen cargar, desde troncos hasta canoas y motores.

## LOS HECHIZOS DE AMOR

Otra planta famosa para hacer ‘amarres’ (hechizos de amor) para parejas y otros sortilegios es la sensitiva (*Mimosa pudica*), una leguminosa común al borde de caminos y de cultivos, y famosa por cerrar sus hojas compuestas al menor roce. Recibe por

eso multitud de nombres jocosos en la extensa área de distribución en toda la zona tropical de América: ‘mírame y no me toques’, ‘mata virgen’, ‘vergonzosa’, ‘resentida’, ‘pega pega’, ‘ciérrate-ciérrate’, ‘cierra tu pierna, María’, ‘tócame, que tengo miedo’, y varias más. Para preparar la pusanga con la dichosa plantita, que solo funciona en manos de la mujer, cabe resaltar, la doña debe recoger el semen luego de tener relaciones con su marido, el que vacía en un huevo de gallina al que previamente le ha extraído yema y clara por un hueco. Luego ese huevo debe ser enterrado en la raíz de la sensitiva. El efecto de esa sensible planta es sumamente selectivo: cuando el involucrado se acerca a una mujer diferente a su pareja, su atributo languidece como si de la hoja de la sensitiva se tratase...



El hueso de la patita del ave sol o ‘tanrilla’ es uno de los elementos más famosos para elaborar una pusanga, hechizo para atraer al ser amado.

Otra famosa pusanga tiene que ver con la ‘tanrilla’, ‘tingana’ o ‘ave sol’ (*Eurypyga helias*), una bellísima ave tan particular que es la única representante de su género y de su familia. Asemejando en su comportamiento y porte a una pequeña garza o pavita, se pasea bien garbosa por las orillas de cuerpos de agua buscando los insectos, pececitos y otros pequeños animales de que se alimenta. Pues bien, la creencia popular amazónica, muy extendida en diferentes pueblos, es que para seducir a la bella amada, por más díscola que sea, solo basta con conseguir el hueso de la pata de esta avecita, para lo cual obviamente hay que cazarla antes (no se recomienda quitárselo estando viva), hueso que debe ser enterrado siguiendo cierto ritual y en cierta fase de la luna. Luego de un tiempo y una serie de dietas y purgas, se lo extrae y se debe mirar a través de su hueco a la dama cuando ésta está orinando, sin que ella se dé cuenta. Cabe destacar que el hueso del tarso del ave es muy, muy delgado (ver foto), por lo que, la verdad, no me ha sido posible verificar algún caso de éxito con esta pusanga, pese a que es una de las más famosas.

Recuerdo una anécdota con una pusanga, en cierto modo similar, que me contó un gran amigo indígena del alto Tigre, Alfonso Isampa. Él solía ir a cazar con un primo, Gerucho, que era muy buen cazador y, como tal, también muy ‘moshaco’ (mozandero o mujeriego), al igual que Alfonso, valga decir. La mujer de Gerucho era bien celosa, así que le preparó una pusanga que incluía, según me comentó Alfonso, además de diversas hierbas y cortezas, sangre menstrual de la esposa, la que fue colocada debajo de la almohada de su víctima, valga decir, su esposo. El efecto, a decir de Alfonso, fue fulminante: el tal Gerucho dejó para siempre sus devaneos y se convirtió en un esposo fiel y dedicado. Solo que también perdió, como efecto colateral, la habilidad para la cacería, y se hizo el más ‘afasi’ del pueblo, es decir, el peor cazador. «Qué mezquina y egoísta fue mi prima», me comentaba Alfonso. «Por tenerle a su esposo comiendo de su mano prefirió tener de hambre a sus hijos».

Otra planta pusanguera famosa es la ‘parapara’ (*Zamia ulei*), una bella planta del sotobosque, con cierto parecido a un helecho o una palmera enana. Sus hojas carnosas y brillantes tienen la particularidad de que, aunque se enrollen en varios dobleces, se enderezan rápidamente (‘se paran’, en lenguaje regional amazónico, de ahí su nombre de ‘parapara’), recuperando su forma original (ver foto). Con ella se preparan brebajes con aguardiente y miel de abeja, que deben tomar, acompañados de ciertas dietas, aquellos cuyo compañero comienza a desfallecer.



Don Abel Torres muestra una hoja de ‘para para’ (*Zamia ulei*), cuyas hojas se enderezan luego de enrolladas: «Lleva ya contigo el ‘para para’, don Pepe, para que cuando halles a tu amor le hagas tu avería», me dice risueño don Abel, con la picardía tan característica de los amazónicos.

## ANIMALES MÁGICOS Y BRUJOS

Así como con las plantas, son numerosos los animales amazónicos algunas de cuyas partes son usadas tanto para fines medicinales, como para ciertos rituales y para hacer pusangas. Son famosos los brebajes amazónicos supuestamente afrodisíacos preparados con una combinación de cortezas, raíces y partes de animales, desde serpientes hasta gusanos. Algunos de los nombres usados en la selva peruana son más que explícitos sobre sus efectos: ‘levántate, Lázaro’, ‘rompe calzón’, ‘siete veces sin sacar’. Uno de los más famosos es preparado con el hueso peneano o báculo del coatí (*Nasua nasua*), llamado localmente ‘achuni’, de ahí el nombre del brebaje: ‘achuni-ullo’, o pene del achuni (ver fotos). Lo suelen poner en maceración con aguardiente, combinado con algunas cortezas y miel de abejas nativas. Similares brebajes preparan también con el báculo del agutí, llamado localmente ‘añuje’ (*Dasyprocta fuliginosa*), un roedor del tamaño de una liebre grande que es común como mascota en las comunidades indígenas y famoso por el ardor sexual de los machos.



El hueso peneal del coatí o ‘achuni’ es usado para elaborar un famoso bebedizo que restituye el vigor juvenil al compañero más alicaído. Fide tradición amazónica.



El delfín rosado, conocido en la selva peruana como ‘bufeo colorado’ es protagonista de multitud de leyendas y cuentos. De sus dientes y grasa también se elaboran poderosas ‘pusangas’ o hechizos de amor.



El delfín rosado amazónico (*Inia geoffrensis*), llamado en Perú ‘bufeo colorado’ o ‘pucabuefo’, y en Brasil ‘boto’, es uno de los animales amazónicos al que atribuyen más poderes, y es protagonista de numerosas leyendas y tradiciones. En la Amazonía peruana le atribuyen la capacidad de transformarse en un hombre blanco, ‘gringo’, que sale en las noches de las profundidades del río cuando escucha la música de fiesta en alguna comunidad. Según dicen, sale elegantemente vestido, con un sombrero que tapa el espiráculo que tiene encima de su cráneo el bufeo, y siendo un excelente bailarín, seduce a la chica más bella del baile y la arrastra con sus encantos a las profundidades del río. La chica vuelve luego embarazada. De ahí que cuando nace algún niño con piel, ojos o cabellos muy claros, la gente lo llama ‘el hijo del bufeo’. De su aceite y de sus dientes raspados algunos brujos también preparan diversas pusangas para el amor.



Las plumas caudales del ‘tutapishco’, una especie de chotacabras amazónico, son parte también de una famosa ‘pusanga’ para lograr el amor de la más discolora de las damas.



La lágrima del ‘tatatao’, una bulliciosa ave rapaz, que según la leyenda amazónica para llorando por su amor perdido, es también ingrediente para una poderosa ‘pusanga’, con efectos secundarios hartos llorones, por cierto.

Otra pusanga que recuerdo es la que se elabora con una pluma de la cola de un tipo de chotacabras amazónico, que llaman localmente ‘tutapishco’ (*Chordeiles rupestris*), que en kichwa amazónico se traduce por ‘pájaro sordo’, llamado así probablemente porque durante el día se lo encuentra posado en el suelo del bosque, y solo levanta el vuelo cuando está uno a muy corta distancia (ver foto). La pusanga consiste en clavar una pluma caudal de dicha ave en el centro del hueco que hace la orina de la persona a la que se quiere enamorar.



En el famoso “Pasaje Paquito” de Iquitos, la farmacia natural más grande del mundo según algunos, se venden multitud de brebajes que utilizan los ingredientes más extraños. Los más famosos son los afrodisíacos.

Algunos preparados son de lo más sorprendente, y recuerdan un tanto las fórmulas de los brebajes que preparaban las brujas medievales europeas: por ejemplo, una pusanga usa las lágrimas del tatatao, nombre onomatopéyico alusivo a su estruendoso canto del *Ibycter americanus*. Es una bella ave rapaz, aunque llorona (grita como loca cuando se le acerca alguien), a la que se debe cazar viva con trampa para extraer la ‘lágrima’ de su ojo (una especie de cera que dicen excretan sus ojos), la que es usada para curar ciertas dolencias y también para elaborar pusangas. Dicen los sabios pusangueros que cuando se usa la pusanga con lágrima de tatatao, la víctima no deja de llorar añorando a su amado. Cómo no.

Otro más increíble es el que usa como ingrediente la manteca de 'isango', un insidioso ácaro (*Trombicula autumnalis*), difícilmente apreciable a simple vista, pero cuyos masivos ataques son recordados con poco cariño por los viajeros amazónicos, que tienen que aguantar luego varios días la picazón. Ni qué decir tiene lo dificultoso que debe ser extraer la manteca de ese casi microscópico artrópodo.

No podían faltar los sapos, culebras y tortugas en el menú mágico. Entre los más famosos está la anaconda (*Eunectes murinus*), llamada 'boa negra' en la selva peruana, cuya manteca es muy buscada para tratar todo tipo de dolencias, desde hernias y luxaciones hasta dolores en las vísceras, y los caimanes, de los que también se usa la manteca para 'sobar' a diversos tipos de enfermos.



La tortuga terrestre o 'motelo', a decir de los amazónicos, tiene poderes: cazadores y jugadores de pelota lo amarran a un palo con la amenaza de matarlo si no les sale bien su cacería o partido.

Respecto a los sapos y tortugas terrestres, hay la creencia de que tienen poderes sobrenaturales que pueden ser conjurados para beneficio de las personas: varias veces he observado que los usan para tener suerte en una expedición de caza o de pesca, o incluso en un partido de fútbol. Recuerdo que una vez estaba yo estudiando las aves en un bosque en la cuenca del río Nanay con ayuda de un sabio local, don Pablo Alcántara, ya fallecido. Lo dejé a cargo de las redes japonesas que había instalado en varios puntos del bosque, para que fuese retirando las avecitas que caían y poniéndolas en bolsas de tela mientras yo grababa cantos de aves en las cercanías. Cuando retorné a la trocha donde estaban las redes, vi que había un sapito amarrado con una liana en uno de los palos de las redes. Le pregunté a don Pablito por qué le había hecho eso, y me dijo: «Le he hecho un 'ikaro' y le he amenazado: si no caen pajaritos en las trampitas, le doy vuelta». Felizmente cayeron varios pajaritos, así que le pedí al buen Pablito que soltase al pobre sapito, sano y salvo. Él quedó convencido de que el sapito había hecho su trabajo. He visto en

varias oportunidades que hacen lo propio amarrando una pequeña tortuga terrestre, que en la selva llaman 'motelo' (*Chelonoidis denticulata*), en el poste de la portería en algunos partidos de fútbol, con el 'encargo' de que no deje meter gol, y si llegan a meterlo, le dan también vuelta al pobre animalito.

Las habilidades de las y los pusangueros amazónicos se han hecho conocidas en todo el Perú, y es frecuente ver anuncios de servicios para hacer 'amarres' y 'desamarres', tanto temporales como eternos, por si hubiese dudas, que en este mundo nada dura para siempre. Cerca de mi domicilio en Lima suelo encontrar pegados en la acera carteles de una "loretana" (amazónica proveniente de la región Loreto, Amazonía norperuana), en los que ofrece tales servicios (ver foto).

En Lima y otras ciudades de la costa y del Ande peruano se puede ver carteles como este de 'curanderas' o brujas amazónicas ofreciendo sus servicios de amarres de amor. Las loretanas (de la región Loreto, Amazonía norperuana) son las más famosas.

## NOTA FINAL

*Finalmente, debo aclarar que, con veinticuatro añitos, llegué invicto desde la Península Ibérica a la selva peruana. Ahora estoy felizmente casado con mi esposa, loretana, y nuestros amigos suelen bromear preguntándole cuál de las pusangas utilizó para un 'amarre' que ya dura más de 27 años... Albergo la esperanza de que no haya utilizado la del 'renaco matapalo'. Es fama, por cierto, que los curitas españoles (principalmente leoneses), que por más de un siglo trabajaron en la región Loreto, donde yo trabajé cerca de tres décadas también, primero como hermano agustino, y luego como biólogo, encontraban con cierta frecuencia al costado de las puertas de sus habitaciones o de la parroquia ciertos extraños 'ata-ditos', conteniendo partes de animales y plantas...*

\* José Álvarez Alonso es un ornitólogo leonés, afincado en el Perú desde 1983, que vivió en la Amazonía por más de 28 años. Desde el 2012 al 2023, con una interrupción el 2017, fue director general de Diversidad Biológica en el Ministerio del Ambiente del Perú.

\* Fotografías del artículo: José Álvarez Alonso.